

EL PLAN WERNER

EL plan Werner de unificación monetaria europea ha sido preparado por un equipo dirigido por el ministro de Finanzas de Luxemburgo, Werner, y adaptado luego por la Comisión de Bruselas. Sus puntos esenciales son los siguientes:

Convertibilidad y moneda europea.—Las monedas de los países miembros, sometidos actualmente a un parcial control de cambio, serían totalmente convertibles entre sí. Sus índices de cambio serían fijos; actualmente existe un margen de fluctuación del 2 por 100. En una segunda etapa se llegaría a la creación de una moneda europea única, resultante de la fusión de todas las divisas nacionales de los países interesados.

Armonización fiscal y financiera.—Armonización de los impuestos (T.V.A., fiscalidad de las sociedades, etc.), supresión de los derechos aduaneros sobre los particulares, libre circulación de capitales.

Coordinación económica y financiera.—Cooperación y coordinación de las políticas económicas y financieras en materia de presupuestos, de negociaciones monetarias internacionales, de política coyuntural y de crédito.

Instituciones.—De la aplicación de esta política común se encargarían a la vez un consejo de los ministros de Finanzas de los Seis, que se celebraría tres veces al año, y un consejo de los gobernadores de los Bancos Centrales, que se reuniría dos veces al año.

Un rival para el dólar

De acuerdo en que haya una moneda europea, dicen los Seis de Bruselas, pero, ¿quién la registrará?

El 15 de diciembre, a las 4 de la mañana, tras once horas de agotadoras discusiones, el consejo de ministros del Mercado Común, reunido en Bruselas, ha tenido que reconocer su fracaso. En efecto, no ha conseguido llegar a un acuerdo total sobre las dos cuestiones que figuraban en el orden del día: ampliación del Mercado Común y realización de una unión económica y monetaria dentro del marco del plan Werner.

La aspereza de los debates y su bizantinismo recordaban las peores querrelas de hace años, las crisis suscitadas por el Mercado Común agrícola o el veto del general De Gaulle a la adhesión británica al Tratado de Roma. La gran reconciliación europea, realizada hace un año, cuando la reunión de los jefes de Estado del Mercado Común en La Haya, parecía más que olvidada.

El fracaso del consejo de ministros de Bruselas, no por esperado ha sido menos sentido en las capitales interesadas. En efecto, había antes de la discusión, y sigue habiendo, un consenso general en torno a los dos problemas más inmediatos:

Adhesión británica al Tratado de Roma.—Los Seis están de acuerdo sobre una cuestión esencial: la concesión a Gran Bretaña de un plazo de transición de cinco años para que este país se adapte a los diferentes reglamentos económicos y financieros del Tratado de Roma. En lo que ya hay diferencia de puntos de vista es en lo referente al problema de la contribución inglesa al fondo agrícola común. Algunos países miembros opinan que habría que prorrogar ese plazo de cinco años. Pero París aboga por una aplicación estricta de la letra del contrato: cinco años son cinco años, ni más ni menos. En este sentido, las

recientes declaraciones ante los Comunes del señor Rippon en torno a la contribución económica de Gran Bretaña al fondo común agrícola han constituido una seria decepción. En París, lo mismo que en las otras capitales del Mercado Común, se han considerado las ofertas británicas como totalmente insuficientes.

Unión económica y monetaria.—Los Seis están más o menos de acuerdo en aproximar entre sí sus respectivas políticas monetarias mediante una cooperación más estrecha y una inmediata coordinación de sus decisiones, según lo previsto en el plan Werner para una primera etapa de tres años de duración.

Los enfrentamientos se han producido al tratarse la segunda etapa del mencionado plan, tendente a conseguir una moneda europea única y, especialmente, en las discu-

siones en torno al grado de supranacionalidad de las instituciones.

Francia ha sido acusada de reincidir en sus errores del período gaullista, de negarse a un cierto abandono de soberanía, necesario para la construcción de una Europa auténticamente integrada. Las críticas formuladas a este respecto por Karl Schiller, ministro alemán de Economía, que presidía el consejo de ministros de Bruselas, y por Joseph Luns, ministro holandés de Asuntos Exteriores, han sido especialmente virulentas.

El atolladero

Los franceses han aguantado con cierta firmeza los ataques de los «eurócratas». El equipo de Maurice

Schumann ha aclarado para empezar que no era hostil, en principio, a esa idea de abandono progresivo de la soberanía, como lo demostraban las importantes concesiones que habían hecho en el pasado, sobre todo en lo referente a la fijación de precios agrícolas comunes. Además, la delegación francesa considera a alemanes y holandeses como inconsecuentes consigo mismos al lanzar, por un lado, tamaña ofensiva supranacional, mientras por el otro se confiesan los más ardientes defensores de la entrada de Gran Bretaña. Y es que todo el mundo sabe que en materia supranacional Londres y París tienen puntos de vista muy afines, y que ninguna de las dos capitales desea iniciativas revolucionarias. En las recientes conversaciones entre Maurice Schumann y Geoffrey Rippon, ministro británico encargado de las negociaciones con la Comunidad, se ha observado una total identidad de puntos de vista a propósito del plan Werner para la unión monetaria europea.

Habida cuenta del acuerdo virtual existente entre los Seis en torno a las premisas para la adhesión británica al Tratado de Roma y a la primera fase del plan Werner, todo hace suponer que la actual crisis comunitaria no puede durar. El 1 de enero, Maurice Schumann asumirá, por seis meses, la presidencia del consejo de ministros del Mercado Común. Y Schumann parece deseoso de sacar el carro europeo del atolladero en que está metido. Las perspectivas son, pues, bastante buenas.

Un bloque monetario

La creación de una moneda europea única, evocada en Bruselas, suscita en principio bastantes controversias. Sin embargo, los especialistas están persuadidos de que este proyecto verá la luz mucho antes de lo que se piensa. Los medios financieros norteamericanos conceden a todo este asunto una gran importancia. En su reciente boletín, el First National City Bank, de Nueva York, indica que la creación en los próximos años de un bloque monetario europeo no es, ni mucho menos, una idea quimérica. La creación de este bloque, añade, tendría para el dólar enormes consecuencias, ya que esta moneda sería una más en sus relaciones con las monedas europeas. La existencia de una moneda europea rival del dólar limitaría los privilegios de que actualmente éste se beneficia en su calidad de moneda internacional de reserva. Ante la competencia que representaría ese otro polo de atracción financiera mundial, los Estados Unidos se verían obligados a abandonar la política de facilidades que llevan practicando ya unos cuantos años y que les ha permitido expandirse a costa de Europa.

En este sentido, las últimas conversaciones de Bruselas, que deben reanudarse a principios de 1971, no son nada académicas. Más tarde o más temprano se llegará a un acuerdo sobre el plan Werner de unificación monetaria europea o sobre un sistema parecido. El que esta moneda continental esté administrada por instituciones más o menos supranacionales no impide que pueda desempeñar un papel importante en el campo financiero internacional. La importancia de lo que se pone en juego explica, en gran medida, por qué los Seis toman tantas precauciones antes de lanzarse a esta nueva etapa del Mercado Común. ■ JACQUES MORNAND.

Maurice Schumann: desde primero de enero, presidente del Consejo de Ministros del Mercado Común.

